

Certamen Relato Corto

TÍTULO RELATO CORTO N° 1: YA SOY UNEDIANO

Porque si, así nos llaman o llamamos nosotros a los que están apuntados, inscritos o matriculados en la universidad a distancia de la Uned.

Espera, voy a empezar el relato unos meses antes.

Se acercaba mi cumpleaños y claro, mi mujer empezó con las preguntas...

¿Qué te regalo? ¿Qué te apetece? Algo que te haga ilusión

Y yo que en ese momento estaba mirando la página de la Uned y soñando con acabar esa carrera que dejé a medias le dije: "Pues regálame un par de asignaturas de Ingeniería Industrial"

Pero vamos, como si le digo que quiero un Collie.

7 de septiembre, Día Internacional del Aire Limpio y también el día en el que lloré por primera vez.

Fiesta de cumpleaños.... sopló la vela (si, solo una, no voy a decir cuántos años tengo)

Mis hijas... una corbata, maravillosa, preciosa. Aún no han interiorizado que llevo tres años yendo a trabajar en "casual".

Mi mujer, nerviosa y con cara de ilusión me da un sobre, verde, con una U en la parte del remitente y con mi nombre en el destinatario.

Lo abro, impaciente, y empiezo a leer: "Cariño, te he matriculado de dos asignaturas de ingeniería para tus ratos libres: Mecánica y Teoría de Circuitos.

Espero que las disfrutes tanto como yo eligiéndolas."

Claro, en ese momento, de no saber qué cara poner solo se me ocurrió pensar "¿porque no pedí el puñetero perro?"

Matriculado en la carrera que hace 20 años no acabé.

¿Qué es lo primero que tengo que hacer? Por su puesto, documentarme.

Y empiezo, yo creo que me voy aclarando, os lo cuento por si puedo ayudar, porque aquí otra cosa no, pero entre las ánimas perdidas nos apoyamos y gracias a varias conversaciones entre nosotros nos damos cuenta que el curso ya ha empezado.

Lo que no está en Alf puede que si entras en akademos lo veas, pero claro, ahí no aparece la PEC hasta que no vayas a tareas y le des a inscribirte, sino el ED no sabe que estás.

Alf solo conozco la criatura esa graciosa que vivía con una familia americana y lo tenían escondido porque tenía más pelo que mi prima cuando le dio por ser rockera indómita.

ED, aquí se han confundido y hablan de ET. En cuanto tenga un rato escribo a alguien y se lo explico. Así soy yo, si puedo ayudar, ayudo.

Akademos, eso me suena a grupito rumbero... por ahí empezamos mejor.

Bueno, ya lo tengo claro y empiezo, lo primero, me voy al portal estadístico y miro las asignaturas que me ha elegido mi mujer.

...

La madre que la trajo, ni queriendo.

Mi nunca suficientemente valorada esposa me ha cogido Mecánica y Teoría de circuitos.

Que me preguntaron en un grupo de WhatsApp qué había elegido y cuando lo conté me dijeron: "Ahhh, ¡¡Qué no trabajas!!"

No importa, No fear (he puesto esta entradilla en inglés por si me convalidan el B1 que he visto en la letra pequeña que también lo necesito)

Me compro los libros que aparecen en las guías. En dos días me llegan, qué rápido pienso.

Es que si tardan 1 día más no me da tiempo a leerlos antes de que acabe el semestre. Leches, que yo soy de lectura lenta.

Según veo el libro de mecánica me acuerdo de Dani Rovira y su frase: "Muy coja tiene que estar la mesa para que yo saque algo de utilidad a este libro".

Nada me desanima, nada me va a impedir avanzar y ahora mi siguiente paso es ir a mi primera tutoría.

Entro en akademos, que resulta que es un portal resumen donde te dan todo masca-dito para que no se te olvide nada.

Avip, Intecca, Presencial, Teams... y yo que podría estar paseando al perro.

Pero sigo, y consigo conectarme a mi primera tutoría.

Después de 2 minutos diciendo buenas tardes me doy cuenta que no se me escucha, que solo habla el tutor y nosotros solo escribimos.

5 minutos después pienso que me he equivocado de tutoría, porque lo que cuenta es como apuntarte a un curso de árabe y que el profesor sea Shin Chan.

10 minutos después no me queda ninguna duda...

Minuto 20: Si tuviera un perro lo llamaría Emperador, bueno no, que como me oiga mi mujer me matricula también en historia.

A los 40 minutos dice una frase que coincide con un capítulo del temario... a ver si estoy de verdad en mi asignatura.

90 minutos después ya sé cómo funciona esto.

Ahora tengo que pensar como llamar a mi perro, porque para el año que viene lo pido si o si.

Bueno, paso 2, empecemos, ya soy Unediano.

Pero esto mejor lo dejamos para otro capítulo

TÍTULO RELATO CORTO Nº 2: ILARGIEN LAMIA

El vaho de la respiración no le permite ver ni tan siquiera la niebla que se levanta ante sí. Hace frío, pero no se moverá.

El roble a su espalda le da una seguridad que no ha tenido durante meses y cae dormido a sus pies.

Un espasmo reflejo le hace dar una patada en el aire. Sueña que su mando superior es apaleado por sus compañeros y por él. Cree incluso oír un quejido, en sueños.

De nuevo el vaho ante su cara. El día hace tiempo que se levantó y los rayos del sol no le permiten ver su posición por ahora. El único que está en su sitio, al parecer, es el roble que le ha cuidado durante su descanso.

4 balas y sin tener con qué dispararlas.

Por suerte, el otro bolsillo es más generoso y le da a Mikel un currusco de pan. Hay piedras más blandas incluso que ese trozo amarillento y blanquizco de harina amasada, pero algo hay que llevarse a la boca.

-Bueno, es hora de incorporarse. – Piensa Mikel.

El pie derecho mejor dejarlo en el aire. Está hinchado. Lo mueve con dificultad. No parece roto y sin duda está en mejor estado que el de sus compañeros que ya no se mueven.

La extremidad le duele. Nota los latidos de su corazón en el tobillo. Siente la vida en su dolor. Sonríe por ello mientras busca algo por el suelo.

Una rama lo suficientemente fuerte pero también lo más ligera posible para ayudarlo a andar y a no caer otra vez.

Ésta vez espera no tener que volver a correr para salvar la vida.

Una ráfaga de viento hace que se proteja los ojos de la hojarasca seca que se lanza en su contra.

Al volver la vista al suelo allí está el bastón adecuado. Su hermano el roble le vuelve a ayudar. Mikel se lo agradece con una palmada y se pregunta si no podría venirse con él, pero es un árbol y ya se sabe que son poco dados a cambiar de posición.

De alguna manera el roble le recuerda a su abuelo. Él tampoco cambió nunca, ni de aspecto, ni de mal carácter y tampoco de lugar según lo recordaba Mikel.

El abuelo Antxon fue un buen hombre, pero con un poso amargo que Mikel nunca pudo averiguar por qué. Seguramente por las guerras. Ahora Mikel sí le comprendía un poco mejor, aunque seguía sin entenderle del todo. En los ojos del abuelo no se veía amargura por los compañeros perdidos sino tristeza por otra cosa.

El propio pisar cansado y lento de Mikel le hacía pararse para mirar atrás. Los bosques son traicioneros y nos hacen pensar que cada árbol esconde una amenaza. Es un sentimiento innato que nada tiene que ver con la realidad. Bien sabe Mikel que si no es por esos árboles él no estaría vivo.

Continúa andando. Tiene que encontrar un arrollo para poder orientarse. Va a llegar la noche y se tiene que poner a cubierto, tratar de hacer un fuego y esperar el nuevo día. Por el camino hacia el lugar que no conoce, acompaña el escaso trozo de pan con unas pocas moras. Coge algunas ramas secas y las mete en los bolsillos.

Se detiene un momento. Suenan pasos. Son vagos, pero él está acostumbrado a oírlos. Agachado muy cerca del suelo, escucha. Sólo oye su respiración fuerte.

No se atreve a volverse, pero sabe que tiene que continuar hacia delante ya que el camino es cada vez más empinado.

Al oír sus pasos piensa en sus perseguidores. Le hacía gracia pensar cómo les puede matar con cuatro balas y sin un fusil.

Comienza a ayudarse del pie inútil. Un sudor frío le recorre la espalda con cada punzada de dolor, pero es la única manera de seguir avanzando.

El suelo se encuentra húmedo y hace que patine dos veces, pero lleno de barro y aterido consigue su objetivo.

En la pared escavada hay una cueva.

Mikel imita el aullido del lobo de la manera más aterradora que le es posible. Realmente suena como un lobo herido y muerto de frío haciendo justicia a la verdad.

Su aullido, por suerte, no tiene respuesta.

La cueva no parece tener señales de vida. El suelo está embarrado, pero no se ven más huellas de las que Mikel va dejando.

Por fortuna el interior es de piedra y el suelo liso. Un fenómeno curioso encontrar un lugar así.

Aparentemente la cueva es natural, no es el típico agujero de los pastores en los que generalmente se encuentra algo de comer o beber.

Mikel deja el bastón apoyado en la pared y se sienta. Aún puede masticar con desgana algunas moras mezcladas con barro que aún conserva.

Desde la cueva puede ver cómo se va muriendo el día. Es hora de ponerse a trabajar. El mechero de cordón no hará que prendan las pocas ramas y el montón de hojas secas. Con ayuda de la navaja de mano Mikel logra soltar una de las balas para extraer la pólvora. No es la primera vez que hace algo similar pero esta vez no es mucho el fuego que va a conseguir.

El fogonazo es inmediato y deja tras de sí un tenue fulgor que va alimentándose poco a poco de aire y hojas secas.

A medida que la llama crece Mikel puede ver dónde se encuentra. La pequeña fogata deja entrever las paredes de la cueva en las que se proyectan extrañas sombras como de miles de manos que han desgastado la dura roca durante años. Sólo ahora se percató de lo que ya estaba antes así, mucho antes.

-¿Quién ha podido hacer estas marcas tan suaves al tacto?- se pregunta Mikel mientras una duda le sobreviene.

La luna se ha puesto ya y comienza a refrescar, pero la cueva es extrañamente acogedora. En la distancia Mikel cree percibir susurros, voces...

- Es el viento, el viento y los árboles- Murmura Mikel.

-El vien...-

Frío. Hace cada vez más frío.

Mikel se incorpora tiritando sobre el suelo de piedra. La fogata se apagó hace un par de horas. Tiene la cara helada pero se da cuenta que el suelo y las paredes desprenden calor.

La piedra tan suave no parece ser un metal muerto sino más bien carne palpitante.

Poco a poco el calor va adueñándose de su cuerpo a la vez que lo hace el sueño.

Frío de nuevo. Esta vez en la mano.

El despertar no es tan brusco, y Mikel se limita a abrir los ojos y trata de vislumbrar algo en la oscuridad. Solo ve un ligero tono verde flotando en el aire.

Pestañea una, dos, tres veces, y comienza a mover la mano. Deja de tener frío, y comienza a palpar en la oscuridad. No entiende qué está tocando. Algo hay en medio de la cueva que antes no se encontraba ahí.

Su mano áspera se cruza con una forma pálida, casi translúcida que le observa.

Está fría. La yema de los dedos dibuja en la mente de Mikel una forma casi humana, como de mujer joven o niña con grandes ojos.

Cree que está dormido y esto le infunde el valor suficiente para continuar explorando.

Deja de hacerlo al no notar la presencia previsible de ropaje alguno y se da cuenta de que no sueña.

Va a decir algo cuando deja de ver los ojos y de sentir la presencia.

-Se ha ido- dice, pero nadie le escucha.

Es noche cerrada, ¡esta vez lo que lo despierta son los disparos! ¡Le están persiguiendo otra vez!

Mikel se encuentra demasiado lejos como para que le puedan alcanzar las balas que dejan de gritar en el aire tan de repente como comenzaron.

¿Cómo es posible que haya disparos de noche? eso quiere decir que se está recrudeciendo la lucha.

Tras el cese de los disparos comienza a oírse un creciente ulular, como cuando lo hace el viento con las ramas, pero esto no es casual. Podría ser más un canto que se eleva en la distancia.

No es posible. Él conoce esa canción sin letra. Más de una vez oyó a su abuelo tarareándola con su áspera voz mientras contemplaba el bosque en su tristeza.

El canto se acercaba. Era una canción bonita.

Las ramas de los árboles se mecían a su paso siguiendo el compás. Y de entre ellos surgió Ila.

Avanzó con una carga pesada al hombro sin ningún esfuerzo.

Los cuerpos inertes resonaron huecos contra la fría piedra. Mikel les conocía. Eran del pueblo. Para ser más precisos, los que hace apenas veinticuatro horas querían su muerte.

Debería haber sentido tristeza o compasión, pero lo único que fue capaz de sentir fue asco cuando Lia le tendió el ojo de uno de los caídos.

Sus manos eran amenazadoras garras palmeadas de color parduzco, muy distintas de su inofensivo rostro casi translucido a la luz de la luna.

Tras el desmán de Mikel hacia la dádiva, la lamia, pues eso es lo que era Ila, procedió a acabar con el bocado precioso con una sonrisa de satisfacción.

Agazapada sobre los cuerpos, desmembró un brazo y volvió a ofrecerlo a Mikel, que rehusó nuevamente, paralizado en el fondo de la cueva aferrado a la suave pared, acariciando esa piedra como tal vez hicieron muchos otros antes que él.

Mientras la lamia se daba un festín con los cuerpos aún palpitantes, el estómago de Mikel ajeno a cualquier otra sensación, reclamaba su parte. Ese pequeño ruido involuntario sacó de su ensimismamiento a Ila, que con andar felino, se aproximó a cuatro patas junto a Mikel.

Éste apenas se atrevía a mirarla de reojo.

La luna iluminaba ahora plenamente la pequeña cueva como una espectadora más de lo que allí estaba sucediendo.

- Mi dulce niño – La voz no se correspondía a la forma atroz de aquel ser.

Era la voz de una mujer, de una niña, de una abuela... una mezcla de ilusión que hacía que cualquiera perdiera el miedo a aquel ente de los bosques.

- No, no... déjame, vete...- balbuceaba Mikel como si se tratara de un niño que no quiere ser despertado.

- Mi pobre Antxón, ¿tanto ha pasado que ya no te acuerdas de mí?

Ahora sí, Mikel reaccionaba. Conocía esa voz. Era la de su abuela. Pero, ¿cómo podía ser posible? Ila seguía hablando.

- No has cambiado Antxón. Tenía tantas ganas de que volvieras a verme. Te he echado mucho de menos ¿sabes? Durante estos días he conocido otros niños, pero ninguno resultó tan valiente como tú. Ninguno me daba la vida, así que yo se la quité. Pero ahora estás aquí otra vez.

- Yo yo, no... Antxón era mi abuelo. – la voz salía ahogada, sin fuerza mientras Ila le atraía contra sí. A pesar de ver los tres cuerpos mutilados y a medio devorar a escasos tres metros, Mikel se sentía seguro en los brazos de Ila.

– Eres amama Ila ¿verdad? Creí que, bueno, que habías muerto.

- Sí y lo hice. No sé por cuanto tiempo. Pero te he visto Antxón, estabas en peligro y he venido a ayudarte. Sé que no eres mi Antxón, quería pensar que él seguía existiendo como tú, aunque ya sabía que no era así. De todos modos, me alegro que estés conmigo.

- Me llamo Mikel.-

- Mikel...- en su voz parecía un rezo oír el nombre de Mikel. Ella estaba allí por él. Por Mikel el niño que creyó a su abuelo. Nunca convencido de que su abuela había muerto al nacer su padre.

Ahora que lo piensa Mikel, la tristeza de su abuelo era doble.

- Él no podía abandonar a su hijo como tampoco podía negarse a la evidencia cada vez que desaparecía alguna persona del pueblo. –

- Busqué intensamente alguien que estuviera conmigo, acompañando mi soledad. Antxón hubiera venido si no fuera porque tuvo que cuidar a nuestro hijo. De haber estado conmigo, tarde o temprano lo habría consumido. Así que me llevé a otra gente mientras Antxon cuidaba y defendía a tu padre de mí. Es algo que tengo que hacer, que todas las lamias tenemos que hacer. Matamos para vivir, no placer u ocio como otros seres.

Cada vez que desaparece alguien, todo el mundo piensa en nosotras como las causantes, eso nos hace estar, vivir, permanecer en este mundo por más tiempo. He estado relegada a la no existencia, pero esta noche de luna me ha traído a ti, Mikel, Antxon. Tu creíste en mí, tú crees en mí.-

En el exterior la luna iba difuminándose igual que Ila.

- Me queda poco tiempo Mikel. Ayúdame por mi y por tu abuelo Antxón. Baja al pueblo y cuenta que me has visto. Sobre todo, cuéntaselo a los niños.

Mikel escuchaba atento sin saber muy bien qué pretendía Ila. Pero él lo haría, lo contaría.

Antes de irse Ila mordió el tobillo de Mikel y éste dejó de doler. Ahora podría andar más rápidamente.

El sol le cegaba a medida que bajaba corriendo ladera abajo. El sonido del agua cercana le guió hasta el riachuelo que nacía en la fuente de Izadi que él conocía bien. Sabía cómo volver a casa.

Olvidado ya de los combates de hace apenas unos días no se percató de la presencia de milicianos en las proximidades hasta que le paró un golpe seco en la nuca.

La milicia informó de la desaparición de tres hombres por la noche.

Al encontrar a Mikel perdido y con munición en su bolsillo, le juzgaron y condenaron mientras él se encontraba inconsciente.

Al despertar, Mikel se vio inmóvil delante de un pelotón de fusilamiento. Allí se encontraban Jaime, Alfonso y Nicolás, apuntándole.

Mikel trataba de hablar pero tenía la mandíbula fracturada. Lágrimas de impotencia corrían por su rostro.

- Ila perdóname, abuelo lo siento. –

Ila volvía con Antxon caminando despacio por la plaza sonrientes para encontrarse con su nieto que les saludaba con la mano.

Te preguntarás si la Lamia dejó de existir con Mikel por llevarse su secreto a la tumba y que que ella no volverá para llevarse a nadie a su cueva del monte.

Si es así, estáis equivocados. Ahora creéis en mí, Ila, y en las lamias. Necesito de vuestros recuerdos para seguir existiendo.

¡¡¡Recordadme!!!